



La Isla de Sacrificios y la arqueología en los albores del México independiente

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

En el memorable año de 1826, el italiano Claudio Linati publicó en *El Iris* el que bien pudiera ser el primer artículo sobre arqueología aparecido en nuestro país. Acompañó su breve texto con una de las más antiguas litografías de objetos mesoamericanos de que se tenga memoria.

Una publicación precoz

A tan sólo cuatro años de haberse consumado la Independencia, el recién fundado periódico crítico y literario *El Iris* incluyó en sus páginas un artículo vagamente intitulado “Antigüedad”. Esto fue en la sección de “Variedades” de su número 3, con fecha del 18 de febrero de 1826. Aunque firmado por el artista y editor Claudio Linati (1790-1832), la mayor parte del texto consiste en la inserción de un comunicado a la redacción escrito por un tal Francisco Vecelli. Una primera lectura del artículo nos deja la sensación de que se trata de una simple curiosidad hemerográfica; pero un análisis detallado de su contenido y del contexto histórico nos transporta a un momento crucial en el desarrollo de la arqueología mexicana. Precisamente, por tratarse de una publicación tan significativa para nuestra disciplina, la transcribimos a continuación de manera íntegra:

Antigüedad.

Un erudito italiano, el célebre arquitecto D. Francisco Vecelli, acaba de remitirnos el comunicado siguiente.

“Cuando Juan de Grivalva en 1518 llegó primero por lo que parece, á las playas mexicanas, en una islita esteril poco separada de la costa, formada por desechos y el choque de las corrientes marinas, encontró los restos humeantes aun, de las víctimas humanas sacrificadas á un culto execrable.—Horrorizado se apartó de ella, dándole el nombre *de los Sacrificios*. Conquistada despues por un caudillo mas atrevido [Hernán Cortés] la de Ulúa, quedó descuidada la primera, hasta que la rueda de los acontecimientos humanos llamó la atención sobre aquel corto arenal que se fortificó para proteger desde allí el comercio y contrapuntar la actitud hostil del castillo de Ulúa [tomado por los españoles]. Precisamente en este tiempo (6 de marzo de 1825) llegué de Europa á Alvarado con el encargo de

Vista aérea de la Isla de Sacrificios, Veracruz.

REPROGRAFÍA: RAICES



Tomo I de *El Iris*. Periódico crítico y literario, de Linati, Galli y Heredia, 1826.

REPROGRAFÍA: RAÍCES



Autorretrato de Linati.

REPROGRAFÍA: RAÍCES

examinar la costa desde aquel puesto hasta Mocambo, y de escoger y fijar un punto de anclaje para los buques de las compañías de minas, y la rada mas propia para el desembarco de las máquinas, y anduve remando y con la sonda en la mano en Mocambo y Sacrificios.— Me acordé entonces de Grijalva y de los sangrientos misterios. Una plausible curiosidad y el deseo de poder desenterrar algun cráneo de hombre muerto anteriormente al roce de los europeos, me estimuló á desembarcar en la isla de Sacrificios. Quedaron frustradas mis esperanzas: no hallé en los sepulcros que aun quedaban abiertos mas que las cenizas de aquellos indios que ignoraban nuestros vicios: sus huesos ya no existían. Vasos de creta [caliza blanquecina], copas y cabecitas de barro cocido y puntas de flechas de obsidiana, he aquí todo lo que encontré en aquellos sarcófagos compuestos de un fondo de coraloide en que me pareció reconocer algo de cal. Tenían dos varas y media de largo [209 cm], una de ancho [83.6 cm] y tres palmos [60 cm] de profundidad. Al sud-este de la isla vi un horno de cal; sospeché y despues me cercioré de que había sido antiguamente un templo, pero tan desfigurado por su actual destino, que con trabajo pude reconocer los rasgos que indican su construccion original.— Al pie de este informe monton de piedras, removiendo la arena, encontré un sinfín de puntas de flechas todas de obsidiana, y cuatro de formas distintas como en la figura núm. 7. Allí cerca estaban escavando un foso para levantar una cortina, y llegué afortunadamente al tiempo que los trabajadores quebraban con el azadón una losa sepulcral.— Aprovechando la ocasion, logré con algunas monedas la adquisición de la copa núm. 1, del sello núm. 3, dos vasos núm. 5 y la cazuela núm. 6. Que saqué de entre polvo y asquerosos insectos.”

La litografía reproduce estas preciosas reliquias, á fin de que los eruditos en las antigüedades patrias digan por que motivos se halla en la copa núm. 2 la figura de la quimera de los chinos, en el sello núm. 3 claramente espresado el instrumento que usaba el *Pontífice* de los romanos para mezclar la sangre de las victimas; en la copa núm. 1, y en los vasos núm. 4 y 5 las formas y colores de los Etruscos, mientras no se sabe, ni hay datos para creer que estos pueblos, antes de la conquista puedan haber tenido relaciones y heredado conocimientos de los europeos ni de los asiáticos. Puede ser que con estos y otros restos que paran en manos del mismo sr. Vecelli, y con otros mil esparcidos en los bufetes de los sabios eruditos en las antigüedades mexicanas, se logre formar un acertado concepto— L. [linati] (1826, p. 20-22).

Este artículo, como lo señala al final un Linati imbuido por el difusionismo, se complementa con una litografía en negro que, desplegada, mide 18 x 25.5

cm. Vemos en ella los dibujos a línea de seis artefactos de cerámica y cuatro más de obsidiana tallada —todos ellos numerados—, además de la leyenda “Lit. [ografía] Nac. [ional]”.

¿Qué clase de periódico era *El Iris*?

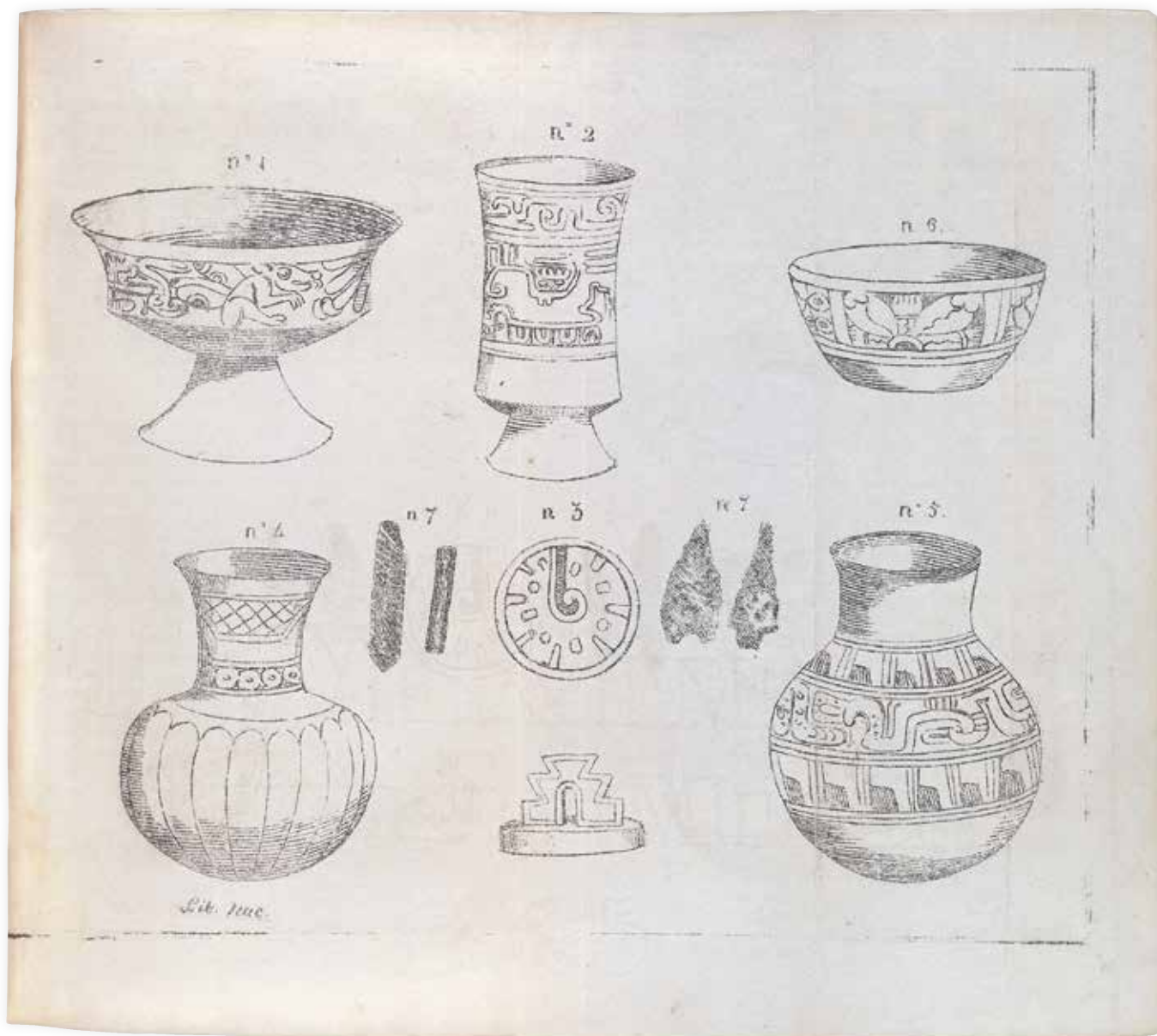
Tan raro es *El Iris* que sólo han logrado subsistir hasta nuestros días tres series fragmentarias: una en la Heremoteca Nacional, otra en la colección Lafragua de la Biblioteca Nacional y, la más completa, en la Biblioteca Beinecke de la Universidad de Yale. Por fortuna, la UNAM tuvo el gran tino de publicar en 1986 una edición facsimilar casi completa y en dos tomos, con introducción de María del Carmen Ruiz e índice de Luis Mario Schneider, poniendo así este periódico precursor al alcance de todos.

Los entendidos insisten en subrayar que *El Iris* es la primera publicación periódica mexicana de género literario, si bien fue fundada por tres extranjeros inmigrados por motivos políticos. Nos referimos a los carbonarios italianos Claudio Linati y Florencio Galli, por un lado, y al poeta cubano José María Heredia, por el otro. Este pequeño pero eficaz equipo se encargó no sólo de la redacción de la gran mayoría de los textos, sino también de la elaboración de las litografías que los ilustraban y de todo el proceso editorial.

El 13 de enero de 1826, el cotidiano *Águila Mejicana* dio el anuncio de la inminente aparición de *El Iris*, el cual comienza narrando el momento político que entonces se vivía y motivando a los lectores a suscribirse al nuevo semanario:

Cesó por fin el horrísomo estruendo el cañon enemigo. Ese orgulloso castillo de Ulúa, último avance [sic] de la opresión española, ya se volvió baluarte de la libertad mejicana. A la sombra de su pavellon dispensa el continente americano van á crecer las hartes hijas de la paz, y fijarse la felicidad que huye de las playas, holladas aun por tiranos. Estrechando el olivo del que han afianzado las raíces, convidamos al público mejicano á favorecer una empresa que tendrá por objeto la utilidad general, esparciendo las luces y la mejora de la moral.

En estas emotivas frases se evoca la derrota definitiva que acababan de sufrir las fuerzas españolas comandadas por el brigadier José María Coppinger, las cuales habían asolado el puerto de Veracruz por más de dos años, guarecidas en la fortaleza de San Juan de Ulúa. La capitulación de este último reducto colonial había tenido lugar el 23 de noviembre de 1825, acontecimiento que llenó de esperanzas a los habitantes de la naciente República Mexicana y que fue la mejor señal para la creación de un novedoso proyecto cultural como lo era *El Iris*.



El primer número de la publicación, que circuló el 8 de febrero de 1826, explica de entrada las intenciones de la empresa: “El único objetivo de este periódico es ofrecer a las personas de buen gusto en general y en particular al bello sexo, una distracción agradable para aquellos momentos en que el espíritu se siente desfallecido bajo el peso de atenciones graves, o abrumado con el tedio que es consiguiente a una aplicación intensa, o a la falta absoluta de ocupación”. Con tal postulado se inicia su efímera existencia, la cual concluiría el 2 de agosto del mismo año y en la que vieron la luz 40 números, que aparecían todos los sábados y, a partir de abril, también los miércoles.

El Iris estaba principalmente “dedicado á las ciencias, á las letras, a los acontecimientos del día, á la economía política y a la rural, sin descuidar la educación de la juventud”. También abordaba temas como la moda, el teatro, la música y, en grado creciente, la política. En varias ocasiones, sin embargo, se dieron a conocer textos que, en mayor o menor medida, eran relativos a la arqueología y se referían a la Isla de Sacrificios; las ruinas de Luxor, Saqqara y Pompeya; el conocimiento que se tenía del vidrio en el mundo grecolatino, y el uso de la obsidiana. Señalemos además que, de manera visionaria, los editores propusieron en el número 8 la conveniencia de que el castillo de Chapultepec “se dedicase á un museo de antigüedades y bellas artes, como el capitolio de Roma”.

Hallazgos de Francisco Vercelli en la Isla de Sacrificios. Núms. 1-6: recipientes y sello de cerámica del Posclásico de la costa central de Veracruz; núm. 7: navajillas y puntas de proyectil de obsidiana. Litografía de Claudio Linati publicada en *El Iris* en febrero de 1826.

REPROGRAFÍA: CORTESÍA BEINECKE LIBRARY, YALE UNIVERSITY

Tres de las 12 estampas de la *Colección de las antigüedades mexicanas que ecsisten en el Museo Nacional*, 1827. Litografías de Frédéric Waldeck que muestran 12 piezas arqueológicas menores y de diversas procedencias, pertenecientes a los primeros acervos del museo. **a)** "Vacija de barro", 33.2 x 21.9 cm. **b)** "Ocho figuras de sus originales", 32.4 x 22.2 cm. **c)** "Tres artefactos numeros 10, 11 y 12", 32.4 x 21.3 cm.

REPROGRAFÍAS: RAÍCES



¿Cuándo se introdujo el arte litográfico a la arqueología mexicana?

Con espíritu de innovación, *El Iris* incorporó la litografía en un porcentaje importante de sus números, y un excelente ejemplo de ello es la estampa de objetos arqueológicos de la Isla de Sacrificios que ahora publicamos. Hay que recordar al respecto que, gracias a la protección y el auspicio del gobierno mexicano, Linati había logrado emigrar a nuestro país en septiembre de 1825 con el fin de introducir

el arte litográfico, lo anterior por medio del establecimiento de un taller en la capital y de la enseñanza gratuita de dicha técnica. De acuerdo con su declaración de aduanas, los efectos de la "Litografía Nacional" que traía consigo comprendían dos prensas completas y cuantiosas piedras litográficas, papeles, colores y barnices.

Tras engorrosos trámites, Linati logró instalar su taller a principios del año siguiente en el número 12 de la calle de San Agustín (hoy República de Uruguay) e implantar así "el arte de espresar los conceptos y todos los objetos visibles á muy poco costo y mucha facilidad" (*Águila Mexicana*, 16 de enero de 1826). El italiano se dio entonces a la tarea de imprimir una estampa suelta con el retrato del papa León XII, para luego realizar la serie de "ensayos litográficos" que ilustrarían *El Iris*, casi todos de 18 x 11 cm. Sin duda alguna, los más gustados fueron los figurines de modas en color, pero también preparó litografías en negro de efigies de los héroes de la Independencia (Hidalgo, Morelos y Victoria), de la partitura de una pieza musical ("Escocesa"), de una alegoría política ("Tiranía") y, claro está, de los objetos arqueológicos de la Isla de Sacrificios.

Como es sabido, la primera aventura mexicana de Linati concluyó al poco tiempo, el 13 de diciembre de 1826, cuando se embarcó hacia Nueva York con destino final en Amberes. Adujo entonces enfermedades, gastos exorbitantes y carencia de ayudantes, aunque todo parece indicar que también fue presionado para abandonar el país por inmiscuirse en asuntos de política interna. Lo cierto es que el artista dejó



Dibujos anónimos de tres recipientes de travertino procedentes de la Isla de Sacrificios, Veracruz, Archivo Histórico de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia (AH-BNAH 41-43). **a)** Imagen de una vasija en forma de mono araña, 27 x 21 cm; fue propiedad del obispo de Puebla. **b)** Imagen de una vasija en forma de conejo, 31 x 21.5 cm; fue comprada a tres pesos oro por José Marco Vidacar. **c)** Imagen de una vasija fitomorfa, 20.7 x 15.5 cm; fue pertenencia de Ma. de las Nieves Ibon López Cornide.

REPROGRAFÍAS: CORTESÍA
CONACULTA-INAH-MEX

sus prensas, piedras y demás enseres litográficos en el Ministerio de Relaciones Exteriores, esto como restitución al préstamo que el gobierno le había extendido para su establecimiento.

Vale la pena mencionar que en 1827, estando ya la litografía de Linati en las oficinas del Ministerio ubicadas en el Palacio Nacional, se valieron de ella el impresor francés Pierre Robert y el artista austriaco Frédéric Waldeck. Además de elaborar la invitación para las fiestas de aniversario de la Independencia correspondientes a ese año, ambos emprendieron la edición de un clásico de la arqueología en nuestro país: la *Colección de las antigüedades mexicanas que existen en el Museo Nacional*, de su director Isidro Ignacio de Icaza y el miembro de la Junta de Antigüedades, Isidro Rafael Gondra. Financiado por el joven museo, este álbum reúne 12 estampas en gran folio con sus respectivos textos explicativos. Aunque el proyecto original era muchísimo más ambicioso, solamente se hicieron tres entregas mensuales de cuatro láminas cada una. Temáticamente, las mencionadas estampas se organizaron en cuatro grupos: fantasías históricas de la colección Boturini, segunda expedición anticuaria de Dupaix y Castañeda, pictografías indígenas y acervos arqueológicos del Museo Nacional. En las tres estampas pertenecientes a este último grupo y que ahora publicamos nuevamente, se dibujó una docena de objetos de pequeñas dimensiones. Por desgracia, no hubo ya una cuarta entrega por falta de suscriptores y porque Robert permanecía alcoholizado la mayor parte del tiempo, según queja del propio Waldeck.

¿Por qué un artículo sobre la Isla de Sacrificios?

Las exiguas dimensiones de la Isla de Sacrificios —de apenas 340 x 205 m— no corresponden con su enorme trascendencia a todo lo largo de la historia de México. Esta formación arrecifal coralina, ubicada a escasos 5.5 km al sureste del puerto de Veracruz, tuvo en tiempos prehispánicos una ocupación continua que va del 1000 a.C. hasta el arribo de los europeos. En buena parte de ese largo periodo fun-

Diversos objetos de travertino y de cerámica descubiertos en la Isla de Sacrificios y que formaron parte de las primeras colecciones del Museo Nacional. Dibujos de Maximilian Franck, *Catalogue of Drawings of Mexican Antiquities*, 1829. La mayoría de ellos aún se conserva en dicha institución. Una excepción es el monito con las manos sobre la cabeza (descrito en el catálogo de Cubas e Icaza), pieza que se encuentra hoy en la ciudad de Washington (NMAI, cat. 16/3371).

REPROGRAFÍAS: CORTESÍA BRITISH MUSEUM



cionó como un importantísimo santuario y como cementerio de las poblaciones del centro de Veracruz.

El capellán Juan Díaz nos informa que fueron las huestes del capitán general Juan de Grijalva las que desembarcaron en la isla por primera ocasión, esto en 1518, y quienes la bautizaron así al toparse con templos, imágenes divinas, aras y cadáveres de víctimas sacrificiales. En esa misma ocasión, nos dice Díaz (en García Icazbalceta, 1858, p. 298), “desen-

terró un cristiano dos jarros de alabastro, dignos de ser presentados al Emperador, llenos de piedras de muchas suertes”. La memoria de un hallazgo tan temprano, no está por demás subrayarlo, es primordial para la historia de la arqueología en México.

Con la conquista, este inusual paraje se volvió atracadero y abrigo de las embarcaciones españolas, aunque pronto fue abandonado al ser considerado morada de espíritus demoniacos. Luego fue usado por piratas y corsarios como zona de refugio (entre ellos, John Hawkins y Francis Drake en 1568, y Lorencillo en 1683), y como mina de cal para la construcción y mantenimiento de la aledaña fortaleza de San Juan de Ulúa. Consumada la Independencia, se instaló allí entre 1824 y 1825 una guarnición republicana para asediar a las renuentes fuerzas coloniales atrincheradas en Ulúa. Más tarde, la Isla de Sacrificios se transformó sucesivamente en avanzada de los ejércitos extranjeros de ocupación, área de cuarentena y cementerio para los soldados franceses que habían contraído la fiebre amarilla, abrigo de buques mercantes, faro y, muy importante, escenario de innumerables hallazgos arqueológicos.

En efecto, con tantos visitantes no es de extrañar que las ofrendas y los sepulcros prehispánicos salieran a la luz cada vez que se cavaban fosas para inhumar cadáveres, levantar alguna edificación o francamente buscar antigüedades como simple pasatiempo. Así sucedió, por ejemplo, en el caso del capitán de navío inglés Evan Nepean, quien logró reunir en 1841 una riquísima colección que fue a parar al Museo Británico; en el del comandante francés Louis-

Aimé Cosmao Dumanoir, cuyos descubrimientos del mismo año llegaron a los museos del Quai Branly en París, de Sèvres y de Cannes, y en el del comodoro estadounidense John Marston en 1861, quien luego donó varias piezas a la Sociedad Filosófica Americana. Después, por fortuna, se hicieron excavaciones cada vez más controladas a nivel científico, como las de Jean-Baptiste Fuzier (1862-1864), Zelia Nuttall (1909), Wilfrido Du Solier y Miguel Ángel Fernández (1937), Alfonso Medellín Zenil (1950-1951) y, más recientemente, Marina Álvarez y Sergio Vásquez (1991).

¿Qué ocurría en la isla durante la guerra de Independencia?

Pero centrémonos en los años en que México estaba logrando por fin su libertad del yugo colonial, pues es en ese crítico momento cuando se publicó el artículo de *El Iris* y se formaron los acervos que sirvieron de punto de partida al Museo Nacional. Una primera referencia histórica a este respecto es la que hace Carlos María de Bustamante en sus *Memorias de la Alameda de México* (1835-1836, I, p. 31-32):

...en 1817 ví en Veracruz algunas piezas exquisitas, sacadas en las excavaciones de Papantla, Isla del Sacrificio, y otros lugares; por ejemplo un gran vaso de Alabastro con exquisitos relieves, en mi concepto egipcios, en la parte exterior, y muy diáfano y delgado. Un eclesiástico de aquella plaza, llamado D. Ignacio Luna, lo regaló al Sr. Obispo [Antonio Joaquín] Peres [Martínez], de la Puebla, y otras curiosidades remitidas al gobierno general de México, y que entiendo se mandaron al museo nacional...”.

Curiosamente, en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia se atesoran hoy tres dibujos anónimos que representan vasijas de travertino de la Isla de Sacrificios, en uno de los cuales se menciona como propietario al “ilustrísimo señor Obispo de la Puebla” y en otro a José Marco Vidacar, quien era regidor de Veracruz hacia 1820 (AH-BNAH 41-43).

Más interesante aún es una referencia del abad Baradère en sus *Antiquités mexicaines* (1834, I, p. 35), quien señala que “durante las guerras de independencia” se construyó un pequeño fuerte en Sacrificios y, como consecuencia, “los obreros descubrieron a seis pies de profundidad, unos vasos de materia dura...”. Es muy posible que estos hallazgos se realizaran exactamente durante el asedio a San Juan de Ulúa y que a ellos aluda una carta firmada en 1824 por el entonces Ministro de Guerra y Marina, Manuel Mier y Terán. En ella, el general ordena traer a la capital “los muebles, ídolos, etc., de la antigüedad que se encuentran en las excavaciones de la Isla de Sacrificios para el Museo Nacional” (SG, indiferente general, caja 71, exp. 3).

A partir de lo anterior, no nos causa sorpresa que distintas colecciones de materiales arqueológicos de la isla se hubieran constituido en uno de los núcleos de la naciente institución. Esto es claro en el decreto de formación que, a nombre de Guadalupe Victoria, emitió Lucas Alamán el 18 de marzo de 1825: “Su Excelencia el Presidente de la República se ha servido resolver que con las

Escultura femenina de caliza que pertenece a la cultura huasteca. Fue vendida por Francisco Vecelli al capitán James Vetch. **a)** Litografía publicada por Vetch en 1837. **b)** Fotografía de la misma pieza en su estado actual. Museo Británico, cat. Am 1842, 0611.2.

REPROGRAFÍA: RAICES;
FOTO: CORTESÍA BRITISH MUSEUM



antigüedades que se han traído de la isla de Sacrificios y otras que existen en esta Capital se forme un Museo Nacional, y que a este fin se destine uno de los salones de la Universidad...”

Si bien los objetos de la isla ya habían llegado a la capital para otoño de ese año, por alguna razón no habían sido entregados aún a Ignacio Cubas, encargado de la formación del Museo (AGN, historia, vol. 116, f. 17). Pero en el mes de diciembre ya aparecen varios de ellos en el catálogo que elaboró el propio Cubas junto con el nuevo director Isidro Icaza (SG, indiferente general, caja 82, exp. 20). Allí se especifica, no obstante, que éstos procedían de la “Colección del Sr. Luna” y que habían sido descubiertos de manera fortuita en 1818. A continuación se enumera un total de 11 recipientes de travertino y 22 más de cerámica. Maravillosamente, las descripciones corresponden a la perfección con varios dibujos elaborados por Maximilien Franck en el museo en 1829. Y, por cierto, uno de dichos dibujos representa el vaso en forma de mono araña del obispo de Puebla y su glosa señala que esta pieza ya formaba parte de las colecciones de la institución. Terminemos este apartado diciendo que, según Ignacio Gondra (1846, 3, p. 82-83), el veracruzano y ministro de Hacienda José Ignacio Esteva (1782-1830) llevó con éxito otras exploraciones arqueológicas en la Isla de Sacrificios, posteriores a las del señor Luna.

¿Y quién fue Francisco Vecelli?

Muy poco es lo que sabemos del autor del comunicado que publicó *El Iris*. Seguramente de origen italiano, Francisco Vecelli fue un coronel de ingenieros que, según él mismo lo cuenta, llegó a México en marzo de 1825 y de inmediato se dedicó a reconocer la línea costera entre el puerto de Alvarado y la playa de Mocambo. Su misión era definir el lugar donde anclaría una serie de buques fletados desde Inglaterra, pues los españoles de Ulúa impedían en ese momento cualquier desembarco en el puerto de Veracruz. Gracias a las investigaciones sobre la industria minera inglesa en nuestro país, sabemos que Vecelli estuvo encargado ese año de reparar el camino entre Veracruz y Real del Monte, con el fin de introducir máquinas de vapor, equipos de bombeo, molinos y demás herramientas para la explotación de la plata. Pero pronto fue tachado de impostor y perdió su trabajo. Resulta lógico suponer que Vecelli conoció a Linati a la llegada de este último en septiembre.

Para mayo de 1826, vemos a Vecelli todavía en Veracruz. Tal y como lo informa el número 15 de *El Iris*, concebía entonces un proyecto para conec-

tar la recién reconquistada fortaleza de Ulúa con el puerto a través de dos calzadas. Además, hay memoria de que al año siguiente realizó un levantamiento topográfico en el departamento de Acayucan. En la década siguiente, el ingeniero parece haberse mudado a la ciudad de México, pues está inscrito en los registros de 1835 de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística como “socio delinador”, cuando también eran socios otros amantes de las antigüedades como Ignacio Cubas, Andrés del Río y Lucas Alamán. Esa gran afición por la arqueología se confirma en la noticia de que Vecelli logró conjuntar una colección de 30 esculturas huastecas mientras elaboraba un plano de los márgenes del río Pánuco. Dicha colección fue adquirida en 1832 por el capitán inglés James Vetch, gerente de las minas de Real del Monte y Bolaños, y luego donada por éste al Museo Británico en 1842 (Vetch, 1837).

Esta investigación deja en claro que Vecelli hizo sus propias excavaciones en la Isla de Sacrificios y compró piezas a un grupo de trabajadores en un momento en que este sitio arqueológico producía numerosos hallazgos colateralmente motivados por la guerra contra los españoles de Ulúa. Muchos objetos recuperados en aquellos años tuvieron como destino último el Museo Nacional, si bien desconocemos el paradero de los colectados por Vecelli y litografiados por Linati. ☀

Agradecimientos. Miruna Achim, Sara Ladrón de Guevara, Yamile Lira, Gilda Salgado, Eric Taladoire y Sergio Vásquez.

Leonardo López Luján. Doctor en arqueología. Actualmente es residente del Institut d'Études Avancées de Paris.

PARA LEER MÁS...

- AGUILAR OCHOA, Arturo, “Los inicios de la litografía en México: el periodo oscuro (1827-1837)”, *Anales del IIE*, núm. 90, 2007, pp. 65-100.
- CASTILLO Ledón, Luis, *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía 1825-1925*, Talleres Gráficos del Museo, México, 1924.
- CLAPS ARENAS, María Eugenia, “*El Iris*. Periódico crítico y literario”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 21, 2001, pp. 6-29.
- GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín (ed.), *Colección de documentos para la historia de México*, J.M. Andrade, México, 1858.
- MEDELLÍN ZENIL, Alfonso, *Exploraciones en la Isla de Sacrificios. Informe*, Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa, 1955.
- NUTTALL, Zelia, “The Island of Sacrificios”, *American Anthropologist*, vol. 12, 1910, pp. 257-295.
- O’GORMAN, Edmundo (ed.), *Documentos para la historia de la litografía en México*, con un estudio por J. Fernández, UNAM, México, 1955.
- RANDALL, R.W., *Real del Monte. Una empresa minera británica en México*, FCE, México, 2006.
- SIMS, Harold, *La reconquista de México: la historia de los atentados españoles, 1821-1830*, FCE, México, 1984.
- VETCH, Captain, “On the Monuments and Relics of the Ancient Inhabitants of New Spain”, *Journal of the Royal Geographical Society of London*, vol. 7, 1837, pp. 1-11.